

tas veces eligieron papas robustos, y aún no pocos mozos, cuando en aquella edad hallaron la madurez de la senectud. Y por otra parte, Sixto, que había pasado una vida trabajosa, y tenía sesenta y cuatro años cuando subió á la silla, es verisímil que estuviere muy quebrantado. Si despues mostró más robustez, sería porque, cargándose de la gravísima obligacion que tenía, se esforzaria extraordinariamente para cumplir con ella. Fuera de que á este fin, dice el citado Leti, que tomaba más copioso y generoso alimento, así en la comida como en la bebida, siendo papa, que siendo cardenal.

Con gusto me he detenido en el elogio de este hombre singular, que siempre fué objeto de mi admiracion, porque no todos le hacen la justicia que deben, y de camino daré aquí una cordialísima enhorabuena á la religion seráfica, de haber producido, en la persona de este pontífice y en la de el cardenal Cisneros, dos políticos tan grandes, que en mi sentir no los tuvo mayores jamas el mundo, aunque ni á uno ni á otro faltaron émulo que quisiesen deslucir parte de sus glorias; en cuyo asunto,

DESAGRAVIO DE LA PROFESION LITERARIA.

§ I.

Para contrapeso de los hermosos atractivos con que las letras encienden el amor de los estudiosos, se introdujo la persuasion universal de que los estudios abrevian á la vida los plazos. ¡Pension terrible, si es verdadera! ¿Qué importa que el sabio exceda al ignorante lo que el racional al bruto, que el entendimiento instruido se distingue del inculto, como el diamante colocado en la joya del que yace escondido en la mina, si cuantos pasos se dan en el progreso de la ciencia, son tropiezos en la carrera de la vida? Igualó Séneca los sabios á los dioses; pero si son más perecederos que los demas hombres, distan más que todos de la deidad, porque distan más que todos de la inmortalidad. La virtud, supremo ornamento de la alma, es parto legítimo de la ciencia: *Virtutem doctrina parit*, que decía Horacio. Pero ¡cuántos exclamarán, con Bruto, al tiempo de morir: *Oh infeliz virtud*, si esa misma luz que corona al hombre de rayos, es fuego que le reduce á cenizas! La honra, compañera inseparable de la sabiduría, será corto estímulo de la aplicacion en quien juzgue que los pasos que da hácia los resplandores del aplauso, son vuelos hácia las lobregueces del sepulcro.

Vuelvo á decir que es esta una pension terrible, si es verdadera: fantasma formidable, que, atravesado en el umbral de la casa de la sabiduría, es capaz de detener á los más enamorados de su hermosura. Por tanto, es cierto que haria á la república literaria un señalado servicio quien desterrase el miedo de este fantasma del mundo. Intentáronlo los estoicos, procurando persuadir, que el vivir ó el morir son cosas indiferentes ó igualmente eli-

lo que más admiro es, que un juicio tan cabal como el de don Antonio de Solís, en el capítulo III de su *Historia de Méjico*, pintase defectuosa la política de aquel gran cardenal, bien que colmándole por otra parte de altos elogios. Más justicia le hacen los autores extranjeros, singularmente el señor Flechier, obispo de Nimes, que escribió discretísimamente su vida, como de un héroe sobresaliente entre los políticos; y otro frances, moderno, que, habiendo instituido un paralelo entre los dos cardenales estadistas, Cisneros y Richelieu, da la sentencia á favor de el de nuestra nacion contra el de la suya, concediendo al español igualdad en la política, con grande exceso (en esto no hizo mucho) en religion y virtud.

De todo lo dicho en este capítulo sale claramente que, en igualdad de talentos, con más seguridad y facilidad logran sus fines los políticos sanos, que van por el camino de la reclinidad y la verdad, que los que siguen la senda de el artificio y el dolo: que aquella es la política fina, y esta la falsa.

gibles. Pero tan léjos estuvieron de hacérselo creer á los demas hombres, que pienso que ni aún lo creian los mismos filósofos que lo predicaban: *Nam munere charior omni adstringit sua quemque salus*, decía Claudiano. Sólo, pues, resta otro medio de apartar este estorbo del camino de las letras, que es persuadir que su honesta ocupacion no acorta los períodos á la edad. Conozco que abrazar este empeño es lidiar con todo el mundo, pues todo está por el opuesto dictámen. Sin embargo, yo me animo á desagrar las letras de la nota de estar reñidas con la vida, probando que ese comun dictámen es un error comun, originado de falta de reflexion.

§ II.

El fundamento grande de mi sentir es la experiencia, sobre la cual, si se hubiera hecho la reflexion debida, no hubiera ganado tanta tierra la opinion contraria. Ruego á cualquiera que esté por ella, que observe con atencion si los sugetos que conoce, ó conoció, dedicados á las letras murieron más en agraz, por lo comun, que los demas hombres. Para hacer con una exactitud prudencial este cotejo, el medio es poner los ojos en los congresos de hombres literatos de universidades, tribunales y colegios, y comparar el número de estos con otro igual de hombres dedicados á cualesquiera otras ocupaciones, y aún sin ocupacion alguna. Yo aseguro que en el paralelo no se hallará que hayan llegado á una larga senectud mayor número de estos que de aquellos; y lo aseguro porque tengo hecha la cuenta con la puntualidad posible. Apénas hay universidad donde, de treinta ó cuarenta individuos, no lleguen ó pasen de la edad septua-

genaria cuatro ó seis; lo mismo se observa en los que siguen la carrera de las judicaturas; pues en verdad que no hallamos mayor número de septuagenarios en los que pasan tranquilamente la vida libres de todo cuidado. En las sagradas religiones se hace más visible, por ser la comparacion más fácil la fuerza de este argumento. A proporcion del número, tantos, y aún creo que más ancianos, se encuentran de los que se ocupan en el estudio, que de los que están destinados al coro ó al manejo de la hacienda. Cotéjese en cualquiera religion el número de septuagenarios ú octuagenarios de uno y otro ejercicio, y se hallará que no me he engañado en la cuenta.

Luciano, tratando de los macrobios, ó hombres de larga vida, de intento se pone á numerar los sugetos dados á las letras en los tiempos antiguos, que vivieron mucho, y sólo de filósofos célebres cuenta diez y nueve, que todos pasaron de ochenta años: los más pasaron tambien de los noventa. Solon, Thales-Milesio y Pittaco, contados entre los siete sabios de Grecia, vivieron á cien años cada uno; Cenon, príncipe de la secta estoica, noventa y ocho; Demócrito, ciento cuatro; Jenófilo Pitagórico, ciento cinco. De historiadores y poetas trae el mismo Luciano otra larga lista. No sólo esto: en el mismo escrito asienta este autor, que en todas las naciones se ha observado vivir más, por lo comun, que los demas, los hombres de profesion literaria, por razon de su mayor cuidado en el régimen de vida, citando por ejemplares los escritores sagrados entre los egipcios, los intérpretes de fábulas entre los asirios y árabes, los bracmanes entre los indios, y generalmente todos los que cultivaron con cuidado la filosofia: *Cujusmodi sunt ægyptiorum sacri scribæ, et apud assirios et arabes fabularum interpretes, et apud indos bracmanes, adamussim philosophæ studiis vacantes*.

Y no obsta á nuestro intento el que Luciano atribuya á su exacto régimen la larga edad de los literatos; porque si los estudios abreviarán la vida, como se piensa, parece que lo más que se podria deber al régimen sería que los estudiosos viviesen tanto como los que no lo son; pero no sólo se nota igualdad, sino exceso; fuera de que, siendo la templanza en la comida, en la bebida, en el sueño, como tambien la abstinencia de otros excesos, sequela casi necesaria del ejercicio de las letras, siempre la larga vida de los literatos se deberá, como á causa mediata, á la ocupacion de los estudios.

§ III.

Confirmase esto con los ejemplares de los hombres más estudiosos que hubo en estos tiempos. Por tales cuento al cardenal Enrico de Norris, agustiniano, de quien se cuenta que antes de vestirse la sagrada púrpura estudiaba catorce horas cada dia. Al famoso Caramuel, que de sí mismo dice en el prólogo de la *Teologia fundamental*, que daba diariamente el mismo número de horas al trabajo literario. Al célebre benedictino don Juan de Mabillon, conocido y venerado de todo el mundo por tantas y tan excelentes obras. Al infatigable frances Antonio Arnaldo, cuya reprehensible pasion por la doctrina janseniana, no rebaja la ad-

miracion de haber sido autor de más de ciento y treinta volúmenes. Al laborioso dominicano Natal Alejandro, en cuyas vastas obras, siendo tanto el peso de la cantidad material, aún es mayor el de la erudicion. Á los dos grandes escritores jesuitas, el padre Atanasio Kircher, y el padre Daniel Papebrochio. Al doctísimo hijo del gran Basilio, nuestro español, el maestro fray Miguel Perez, biblioteca animada y oráculo de la academia Salmantina. Todos estos hombres, cuya vida fué un continuo estudio, alargaron más allá del término comun su bien empleada edad. Enrico de Norris vivió setenta y tres años; Caramuel, setenta y ocho; Mabillon, setenta y cinco; Antonio Arnaldo, ochenta y dos. De Natal Alejandro no sé puntualmente la edad, pero sí que fué muy dilatada, porque nació el año de 39 del siglo pasado, y pocos años há oí decir que aún vivia, aunque casi del todo ciego. El *Diccionario histórico*, impreso el año de 18, aunque habla largamente de Natal, nada dice de su muerte, de que infiero que aún vivia entónces, porque en aquel escrito se observa referir el año de la muerte de los sugetos de que trata. El padre Kircher vivió ochenta y dos años, y el padre Papebrochio lo mismo, ó algo más, segun la especie que tengo. El maestro Perez hizo juicio bastante seguro que pasa ya de los noventa (1).

Pudiéramos añadir, por ser de muy especial nota, aunque no tan moderno, el ejemplar de Guillermo Postel, natural de Normandía, gran peregrinador, y de mucho estudio, aunque infeliz, habiendo en sus dichos, obras y escritos dejado algunas señas de que se desvió, no sólo de la religion católica, mas aún del cristianismo; así, algunos le miran como primer caudillo de los deistas. De éste dice el Verulamio que vivió cerca de ciento y veinte años. Pero otros autores no quieren que haya llegado ni aún á ciento, y la última edicion del Diccionario de Moreri no le da más de setenta y cinco. Así, la edad de este erudito se quedará en la duda que tiene, bastando los ejemplares alegados para prueba experimental de que el estudio está bien avenido con la larga vida.

§ IV.

Á la experiencia sufraga la razon. El ejercicio literario, siendo conforme al genio, y no excediendo en el modo, tiene mucho más de dulzura que de fatiga; luego no puede ser molesto ú desapacible á la naturaleza, y por consiguiente ni perjudicial á la vida. He puesto las dos limitaciones de ser conforme al genio, y no exceder en el modo; pero estas son trascendentes á toda ocupacion, pues ninguna hay que siendo, ó en la cantidad excesiva, ó respecto del genio violenta, no sea nociva. ¿Qué cosa más dulce hay que estar tratando todos los dias con los hombres más racionales y sabios que tuvieron los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros? Si un hombre muy discreto y de algo singulares noticias nos da tanto placer con su

(1) Al catálogo de los doctos longevos de estos tiempos añadimos ahora á Urbano Cheureau, frances, aplicadísimo al estudio, que murió de ochenta y ocho años, en el de 1701, y á la famosa Madalena Scuderi, que murió de noventa y cuatro años en el mismo de 1701.

conversacion, ¿cuánto mayor le darán tantos como se encuentran en una biblioteca? ¿Qué deleite llega al de registrar en la historia todos los siglos, en la geografía todas las regiones, en la astronomía todos los cielos? El filósofo se complace en ir dando alcance á la fugitiva naturaleza; el teólogo en contemplar con el telescopio de la revelacion los misterios de la gracia. Y aunque es cierto que en muchas materias no se puede descubrir el fondo ó apurar la verdad, en esas mismas se entretiene el entendimiento con la dulce golosina de ver los sutiles discursos, con que la han buscado tantas mentes sublimes. Esta ventaja tienen sobre todas las demas ciencias las Matemáticas, cuyo estudio siempre va ganando tierra en el imperio de la verdad. De aquí viene aquel como extático embeleso de los que con más facilidad siguen esta profesion. Arquimedes, ocupado en formar líneas geométricas en la arena, estaba insensible á la sangrienta desolacion de su propia patria Siracusa. El frances Francisco Vieta, inventor de la álgebra especiosa, se estaba á veces tres dias con sus noches sin comer ni dormir, arrebatado en sus especulaciones matemáticas. Respóndaseme con sinceridad, si hay algun otro placer en el mundo capaz de embelesar tanto.

Los que en materias más áridas estudian para instruir á otros con producciones propias, tienen á veces la fatiga de llevar cuesta arriba el discurso por sendas espinosas. Pero en ese mismo campo desabrado, al riesgo de su sudor, les nacen hermosas flores. Cada pensamiento nuevo que aprueban es objeto festivo en que se complacen. La fecundidad mental sigue opuesto orden á la física. La concepcion es trabajosa y el parto dulce. Es felicidad de los escritores, que cuanto discurren les parece bien, y juzgan que así ha de parecer á los demas que vean sus discursos en el libro ó los oigan en la cátedra y en el púlpito. Por esto, en cada rasgo que dan con la pluma contemplan un hermoso hijo de su mente, que les hace dar por feliz y bien empleado el trabajo de la produccion.

Con razon, pues, el otro amigo de Ovidio le aconsejaba á este poeta que aliviase sus males con el recreo del estudio:

Scribis ut oblectem studio lacrymabile tempus (1).

Porque es esta una diversion grande, y diversion que tiene en su mano cualquiera. Empero es preciso confesar que hay grande diferencia entre el estudio arbitrario y el forzado. Aquel siempre es gustoso, este siempre tiene algo de fatigante, y mucho más en uno ú otro apuro violento, como de una leccion de oposicion ú de un sermón quasi repentino. Mas estos casos son raros. Y en el estudio forzado se logra el deleite de adelantar y aprender, lisonja comun de todo racional. Fuera de que, todos los de ventajoso ingenio están exentos de la mayor parte de aquella fatiga, siendo poco el tiempo que han menester para cumplir con la precisa tarea.

(1) *Trist.*, Libro v, elegía xii.

§ V.

Finalmente, á la experiencia y á la razon añade patrocinio con su autoridad un filósofo, el que entre todos con más diligencia y sagacidad, extendiendo su atencion á cuanto hay animado en la naturaleza, observó cuanto favorece ó estorba la prolongacion de la vida. Por lo ménos no puede negarse que fué el que más de intento y con más extension escribió sobre esta materia. Ya por estas señas conocen los eruditos que cito á Francisco Bacon, en su precioso libro intitulado *Historia Vitæ et Mortis*, donde discurrendo por todas las profesiones ó estados más oportunos para vivir mucho tiempo, despues de colocar en primer lugar la vida religiosa, eremética ó contemplativa, pone inmediata á esta la profesion literaria, por estas palabras: *Hinc proxima est vita in litteris philosophorum, rhetorum, et grammaticorum*. Da la razon: *Degitur hic quoque in otio, et in his cogitationibus, quæ, cum ad negotia vitæ nihil pertineant, non mordent, sed varietate et impertinentia delectant: vivunt etiam ad arbitrium suum, in quibus maxime placeat, horas et tempus terentes*.

Debo no obstante confesar, que esta razon no es generalissima para todos los literatos, si solo limitada á aquellos, cuya subsistencia no depende de su estudio. Los abogados y los médicos, pongo por ejemplo, cuyo mayor ó menor saber les granjea, no sólo mayor honra, mas tambien aumento de conveniencia, al paso que en la letura y la meditacion encuentran especies que los deleitan, tropiezan tambien en cuidados que los turban. En estas dos profesiones es un gran contrapeso de la dulzura del estudio la emulacion de otros de la misma facultad, con quienes en frecuentes concurrencias se disputa la ventaja. Es esta una guerra más mental que sensible, donde, aunque no es mucho el estruendo de las voces, no pocas veces por el estallido de los labios se conoce la pólvora que arde en los corazones.

§ VI.

Despues de probar mi sentir con experiencia, razon y autoridad, es preciso hacerme cargo de una grande objecion, que se me puede hacer, tomada de las frecuentes quejas que á los literatos se oyen de sus corporales indisposiciones. Raro es el hombre dado á las letras á quien no oigamos quejarse de reumas y catarros, á muchos de vahidos y jaquecas. De aquí es, que algunos médicos célebres, compasivos á sus dolores, escribieron de intento sobre los medios ó auxilios para conservar la salud de los literatos, como Marsilio Ficino, *De Studiosorum valetudine tuenda*; Fortunato Pempilio, *De Togatorum valetudine tuenda*; y Bernardino Ramazzini, *De Litteratorum morbis*. Siendo esto cierto, tambien lo es que toda indisposicion habitual, por leve que sea, especialmente si en ella padece el cerebro, es una lima que insensiblemente va royendo la vida. Luégo es preciso que esta tenga más limitado plazo en los profesores de las letras que en los demas hombres.

Pero este argumento no es tan fuerte como repre-

senta su apariencia. Lo primero, las quejas de fluxiones de la cabeza hoy son tan universales, que tanto casi suenan ya en las bocas de los gañanes, como en las de los catedráticos. Todos se quejan de reumas, no porque haya más reumas en este siglo que en los antecedentes, sino porque hay más melindres. Más fluyen á la boca que al pecho, porque más es el clamor que el daño.

Lo segundo, es cierto que cualquiera leve indisposicion habitual, ó como habitual, abrevie la vida, ántes bien hay algunas que conducen á prolongarla. Tales son las fluxiones que de tiempo en tiempo repiten. La razon es, porque por medio de ellas se alivia el cuerpo de los humores excrementicios ó impuros que le gravan, y que retenidos más tiempo y creciendo á mayor cantidad, ocasionáran alguna enfermedad peligrosa. De aquí depende que muchos sugetos enfermizos viven largamente, y algunos robustísimos mueren en la flor de su edad; porque en aquellos, con várias fermentaciones ligeras se va sucesivamente desahogando el cuerpo de los humores nocivos, y estancándose en estos, no prorrumpen ni se hacen sentir, hasta que la copia es tanta, que no puede superarla la naturaleza.

Lo tercero, si el aforismo en que Hipócrates dice, que el hábito robustísimo es peligroso y amenaza pronta decadencia, es verdadero, será más segura para alargar la vida una salud algo quebrada. La consecuencia parece forzosa, especialmente añadiendo el mismo Hipócrates, que al que se siente perfectamente sano, sin dilacion se le debe disolver ó destruir el buen hábito que goza. *His de causis bonum habitum statim solve-re expedit*. Sin embargo, yo no me gobernaré jamas por este aforismo, si se entiende como suena.

Finalmente, no padece la salud de los hombres de letras tanto como vulgarmente se dice. Con ellos vivo, y he vivido siempre, y no veo tales males ni oigo tantos gemidos. Ramazzini, con otros médicos, dice, que el estudio hace á los hombres melancólicos, téticos, desabridos. Nada de esto he experimentado, ni en mí, ni en otros, que estudiaron más que yo; ántes bien cuanto más sabios, los he observado más apacibles. Y en los escritos de los hombres más eminentes se nota un género de dulzura superior á lo comun de la condicion humana.

§ VII.

Lo que se ha dicho en este discurso, se debe entender con algunas advertencias. La primera es, la apuntada arriba, que no se exceda en el estudio. El exceso puede considerarse, no sólo en la cantidad, mas tambien en las circunstancias. En la cantidad excede el que

estudia hasta fatigarse mucho. Deben dejarse los libros ántes que engendren notable tedio ó produzcan sensible cansancio, porque en llegando á este extremo, el estudio aprovecha poco y daña mucho. En las circunstancias se peca, si se estudia estando la cabeza achacosa ó quitando sus horas al sueño.

La segunda advertencia es, que no se exceda en comida y bebida, cuya demasia ofenderá más á los hombres dados á la letras, que á los ocupados en otras cosas. La tercera, que se interponga oportunamente el ejercicio corporal con el mental. Donde noto con Plutarco, que el ejercicio de la disputa es uno de los más útiles que hay para la salud y robustez del cuerpo; porque en la contencion de la voz y esfuerzos del pecho se agitan, no sólo los miembros externos, sino las entrañas mismas y partes más vitales. Oigase el mismo Plutarco: *Ipse quotidianus disputationis usus, si voce peragatur, mira quædam est exercitatio, conduens non solum ad bonam valetudinem, verum etiam ad corporis robur (1)*. Y poco más abajo: *Cum vox sit agitatio spiritus non leviter, nec in superficie, sed veluti in ipso fonte, in ipsis visceribus valens, et calorem auget, et sanguinem subtilem reddit, et omnes purgat venas, et omnes aperit arterias, humorem verò superfluum non sinit crascescere, neque concrecescere, qui facis in morem subsidit in his conceptaculis, quibus accipitur et conficitur cibus*. Grande ventaja es de la profesion escolástica tener dentro de su esfera un ejercicio tan útil á la salud.

La cuarta advertencia es, que alternen con el estudio algunas recreaciones honestas, las cuales conducen, no sólo á reparar las fuerzas del cuerpo, mas tambien las del espíritu, porque la alegría da soltura y vivacidad al ingenio. Los escritores necesitan más de este alivio, y entre éstos mucho más los de genio melancólico.

La última es, que, si se puede, se varien los estudios en diferentes materias; porque la variedad, aun más en esto que en las cosas materiales, deleita el espíritu, y todo lo que le deleita le conforta. Por cuya razon á veces la letura de un libro suele ser alivio de la fatiga que dió la letura de otro. He dicho *si se puede*, porque el divertir el entendimiento á materias diferentes no es para todos. Todos los espíritus son, ya más, ya ménos limitados. Y algunos hay de tan estrecha extension, que, aunque muy hábiles para alguna determinada facultad, si quieren estudiar dos, les sucede lo que al otro, de quien se cuenta, que olvidó la lengua vizcaína y no pudo aprender la castellana.

(1) *Liber De tuenda bona valetudine.*